

Letras Salvajes presenta a su autor:

Luis Gilberto Caraballo



Nasón Purim

Diseño y diagramación

Diana Guemárez Cruz

Selección y preparación del material

Foto proporcionada por el autor

Editorial Letras Salvajes

Editor general: Alberto Martínez-Márquez

Correo postal: 3631 Villa Sotomayor, San Antonio, Puerto Rico 00690

Correo electrónico: revistaletrassalvajes@gmail.com

Para difusión general. Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta publicación sólo puede ser realizada con la autorización del editor.

© Editorial Letras Salvajes

Sobre el autor

Luis Gilberto Caraballo ha escrito hasta la fecha treinta y nueve (39) libros; de los cuales diez (10) han sido publicados. Su obra poética ha sido incluida en revistas de primer orden en las Américas y en Europa. Caraballo ha recibido importantes premios poéticos; entre los cuales mencionamos el 1er lugar en el *Premio Internacional de Poesía*, Sao Paulo, Brasil en 2004. Su poesía ha sido avalada por críticos y editores de la talla de Ernesto Kahan, Antonio Miranda, Mery Saneses, María Eugenia Caseiro, Luís Perozo Cervantes, Francisco Palacios, Claritza Peña, y Dána Guemáñez Cruz.

En estos momentos, la Dra. Guemáñez se encuentra escribiendo un libro sobre la poesía del autor, cuyo título provisional es *La música callada/la soledad sonora: la poesía de lo inefable de Luís Gilberto Caraballo*. Este texto pretende ser una contribución a las letras venezolanas y un modo de establecer a este poeta como una de las voces más universales de Venezuela y de América Latina.

En su afán por difundir el trabajo de este insigne autor, Letras Salvajes ha preparado la siguiente selección de dos de sus libros, publicados bajo nuestro sello editorial: *Arpa invisible* y *La gruta del Ávila*.

Feliz lectura.

Diagram illustrating musical intervals, showing a sequence of notes (f, e, d, c, b, a) and corresponding intervals (Diapason formalis, Diapente formalis, Disdia) connected by a line of stars.

Arpa Invisible

Luis Caraballo

De: *Arpa Invisible* (2020)

1

Moverme en lo incierto
Me da certeza de que vivo.

2

En la litera del alba
También amanecí embriagado
De Estrellas, derrotas
Y torceduras en el aliento.

3

Abandonada estación de París
Por donde pasaron sueños,
Por donde pasamos en silencio,
Aún florecen fucsias,
Aún sueña por nosotros,
Aún se oyen tus voces.

4

En la noche
Dejaré los versos
Puestos en silencios,
Colgados de la mesa.

5

Llueve,
Qué aguacero tengo adentro
Esperando escampe,
Amaíne la brisa.

6

Teniendo la noche
Sus viajes
Todo es posible
En el muelle se oyen voces.

7

Si estaba buscando
Un poema es esta gota;
Tiempo vivencial
Qué acaricia la memoria.

8

En la estrofa de tu risa
Yace el poema de tu vida.

9

Acostumbro a leer
El mismo poema
Todos los días;
Lo encuentro diferente,
Y no sé si soy yo,
O es el poema
El que está vivo.

10

Llama azul
De alta hoguera,
Silencio centro del lago,
Relámpago en boca de río,
Muta el santuario,
Ora en el ojo del poeta.

11

Quién sabe
Si con el tiempo
Mi voz se convierta
En lámpara,
Se encienda al ser leída.

12

Mi único viaje
A la búsqueda de un sueño
Es adentro en el jardín interno,
En los olores del silencio.

13

Quien dijo
Que en aquella nube
Encontraría un poema,
A lo mejor llueve
Y moja el silencio,
Ya es bastante.

14

Buscaré abrir la noche
Profundas pieles
Tocaré arpas del olvido
Lo invisible
Con los pies desnudos
Me bañaré en tus playas

15

El poeta recibe en el cuello
Las vasijas altas de una realidad,
Aguijones interminables.
Todo eso
Y más
Puesto sobre la hoja en blanco.

16

Un país sin las voces
De sus hombres,
Es como un mar sin oleaje,
Un mar seco.

17

El encierro
Ha abierto otros mundos,
Inhabitados,
Habrá que poblarlos de versos,
De sed.

18

No hace falta morir
Para volver a nacer.

19

Regreso a la soledad,
Tiene la riqueza para
Tallar la esfinge del alma.

20

Aquel mueble,
Mira con mis ojos.
Tiene la forma
De mi cuerpo
Y lleva el orden en sus ojos.

Reseña de *Arpa Invisible* en la Revista *Poemame*:

<https://revista.poemame.com/2021/04/13/arpa-invisible-de-luis-gilberto-caraballo-pintor-y-poeta-venezolano/>

Disponible en Amazon:

https://www.amazon.com/Arpa-Invisible-Spanish-Luis-Caraballo/dp/B08JVLBV8D/ref=sr_1_1?crid=OT3LUERD93KO&keywords=arpa+invisible&qid=1665519352&s=books&sprefix=arpa+invisible%2Cstripbooks%2C125&sr=1-1



Obra protegida por derechos de autor

La Gruta del Ávila

Luis Gilberto Caraballo



Obra protegida por derechos de autor

De *La Gruta del Ávila* (2021)

ENCUENTRO CONMIGO

Me levanté sobre un sueño que iluminó la noche, cuando cansado por la espera veía incrédulo hacia el oscuro horizonte iluminado por luces de la ciudad, y subía la mirada me tropezaba con aquella montaña envolvente en la espesura. Me tomó desprevenido entre la frondosidad oscura y el imaginar sus silencios y noches prendidos de brisas y por los aromas silvestres.

Ahí transportado, no alcancé ni a mirar, quedaba cubierto por el techo del verdor y el humedal roncaba como una cueva infernal donde se oían voces subterráneas, como provenientes de otro mundo con altavoces. Era entonces la ventana que finalmente me llevaría a visitar la ciudad que duerme entre las grutas y que sepulta cubierta de lianas y juncales una extraña senda.

Los labios tremolaban entre una sensación de asombro y el vacío recubierto de anécdotas. Había intentado hallarla en cuentos, en páginas interminables que terminaron en los cestos de algún lugar equivocado, hallar con el paraje, y ahora con su máscara entretejida dibuja el inicio de su entrada de un gran silencio, que con bordes desvestidos contempla.

He preferido hacerme dos o tres pasos hacia un lado e intentar derribar mi sueño, pero lo único que logré fue confirmar el asombro en penumbra, las venas parecían centinelas alineadas pulsan un fogón por los brazos baja acelerado, como si de repente me transformara en *veinte y treinta* manos que agitan mi quietud con tal vivacidad en mis pupilas que me multiplicaban en recuerdos. Era una noche inesperada, que con gran diligencia aparecía con sequedad se ha plantado en la mitad de mi ventanal y el corazón va hacia un abismo sedado, incierto, lo trágico deseado, y ahora plantado con los pies desnudos al pie de su puerta ya deseaba tocar suave como el viento exhala, cuando abre pausadamente el ventanal de la noche...

Llegó la hora, me avisan.

En un instante tomado por mis manos mi cuerpo en el marco de la ventana se sujeta, veía en la oscurana, un barco quejumbroso que se hundía lentamente en silencio dejando una muesca imborrable en la memoria, cómo sí hubiese sembrado una ceiba o un samán, de una estatura que sobrepasa a mis sueños y con una quietud de hamacas de ciudad.

Mientras, me invade un sueño apacible, casi sin persuadirme, entre a las sábanas, aún hizo eco ese último pasaje en el verdor oscuro y húmedo del *Ávila*, y la voz que me invitaba a continuar sobre la hoja, había una entrevista sería cercana a las once de la noche del día de mañana, el murmullo de la voz se introdujo como el sol por la mañana en mis pupilas que encandila con dolor de puerto y una encrespada sensación aroma a café. Con esa misiva me hundí certeramente en el tremedal de un sueño frágil, pero febrilmente hundido en la piel, sudaba la hechura de mi cuerpo arrastrado por los ecos, había ciénagas, fantasmas, faroles de otra época que se presentaban esquivamente, con prudencia, iba caminando despacio por una senda de escasa espesura, hilada por maderas quietas,

donde los pies descalzos tocaban suavemente, como si oyera un vals entre los árboles con ojos detenidos, había un aroma inexplicable.

No sabía si estaba frente al mar, o si estaba en una hacienda de bananos y araguatos, solo se oyeron voces y repentinos ventarrones que se arrebatan sollozantes con sus deudas y pesares. Parecía una litera que ocupé en una casa que se levanta con sutileza y amor, y una elocuente ventisca silba la noche y trae historias y consejos de brevedad y sabiduría. Así el arpa se pasea por la llanura de la casa, así el sol comienza a inquietarse en sus horas, me fui quedando sujetado a mi recuerdo.

Me desperté con un sobresalto encima, pero a la vez con un deseo de alcanzar la noche y que las horas fueran breves el asunto tomó interés durante todo el día.

DIÁLOGO CON EL TIEMPO

*Cada uno tiene
su pedazo de tiempo
y su pedazo de espacio,
su fragmento de vida
y su fragmento de muerte.*

Roberto Juarroz

Ya en casa me dispuse a recrear el encuentro, a diferencias de las otras ocasiones esta vez me costó agarrar sueño, parece que aquel rostro de *la Muerte*, a pesar de haber tenido una conversación bien fluida logró inquietarme. Preparé una infusión de toronjil y me dispuse a mirar desde lo lejos *el Ávila* y su semblante azulado, en la noche clara, con la luna iluminando con fuerza. La brisa fresca me daba en la cara y parecía que blanqueaba los aromas que en mi piel aún habían quedado sembrados. Con mis ojos que comenzaban a cerrar y algo de frío me dirigí a la habitación, dejé todo a oscuras y enseguida pasé a dormir.

Aquella noche sentí que el mundo había dado un giro enorme, cuando por años la muerte había tenido en mí siempre un grano de infortunio y habiendo dejado mucho dolor, por esta vez su presencia tuvo otro traje, que intentaba tocar hilos que se habían quedado en el tiempo. Sin más y con la seguridad en mí, permanecí profundamente dormido.

Me trasladé en el sueño a una plaza y en ella había bancos para sentarse, muy pocos ocupados y en unos de los laterales un gran reloj colgado de una pared de granito gris y partes de cemento que iba lentamente marcando los minutos, así aparecía en el sueño como una onda en el lago que va propagando lentamente sus ondas y terminan disipadas, como los ecos de los gañidos, o el sonido de un tren que en fuga desaparece. Un recorrido similar, la lentitud que se habitaba en aquella plaza no molestaba, a pesar de ello los gestos, las voces, y lo que transcurría se advertía con total naturalidad, solo que los minutos iban desplazándose a una velocidad muy distinta.

Introduje mi mano en el bolsillo derecho y saqué un reloj,

miré fijamente sus agujas, y me tropecé con el mismo fenómeno que advertí en la pared. Parece que el tiempo tiende a detenerse en aquella plaza. Aquel reloj en mi mano tenía un significado especial, lo atesoré desde mi niñez, fue mi primer reloj de cuerdas marca oris, y siempre había sido muy exacto, infalible su medición. Casi de memoria sabía que había algo inusual, y no estaba en la lectura, ni en la que marcaba el reloj de la pared, había una especie de receso o detención, que tendía cada vez a marcarse. Así transcurrieron algunos minutos más hasta que finalmente vi que tanto el reloj de la pared, como el de mi mano se habían detenido. Creería que todo se había paralizado, tenía una especie de escalofrío que iba desde mi mano derecha donde mantenía con cuidado el reloj y bajaba por las piernas hasta los pies. Me volteé y me dirigí a la baranda que daba a una especie de río que con un murmullo quejumbroso había estado sonando como un fondo silente de música, intenté ver hacia la otra orilla, había un bosque de árboles, la brisa suave pasaba por aquellos árboles llenos de verdor cuando bajé la mirada y hacia el cauce del río vi que se había detenido parecía un lago en silencio que cantaba su corazón espejado, un coro de vidrios resuena en las pupilas y la brisa que alcanzaba la plaza suavemente.

Aquella imagen prácticamente congelada y el frío que había tomado mi cuerpo hicieron una especie de silencio, fue lo suficiente como para despertarme. Algo soñoliento, y aún con la ensoñación miré el reloj y eran casi las 5:15 de la mañana, y me dije, pero si aún puedo dormir algo más, me reincorporé y mi cuerpo frágil se fue hundiendo en sueño. Al rato me despertó el reloj que estaba encima de la mesa de la noche, junto estaba la hoja con el mensaje del anterior día.

Mi mirada se pausó cuando vi que, en el reloj, el tiempo transcurría normalmente, y me tomó el pasaje de aquella plaza y la detención del minutero. Recordé el reloj de pulsera, exactamente fue mi primer reloj, siempre tenía atado el recuerdo de la primera muerte que sobrepasó mi niñez. En mi memoria había quedado el recuerdo cuando regresaba de arreglarlo acompañaba a mi madre hasta la casa materna donde la abuela había estado enferma, llegábamos con el reloj recién puesto cuando arribamos teníamos la noticia de la muerte de mi abuela Julia, eso siempre había marcado en mí. El tiempo tenía siempre muchas dimensiones, como si se hubiese metido dentro de mi sangre y lograba dejarme ir sin él, algo así fue lo que percibí en aquel sueño que no lograba sacarlo del todo de aquella mañana. Y la muerte de la abuela siguió como aquella memoria detenida en la plaza, pero había vivido silente habitándome por años.

Finalmente, luego de toda esta mañana llena de ensueño, me toman algunos pensamientos que royéndome habían estado rondando:

El día que vea el tiempo al revés,
en vez de ir al alba, vea el atardecer, y luego
regresen los pájaros cantos perdidos.
Habré ido por alguna hendidura y quién sabe
sí regrese.

Y esa metáfora tenía tantas lecturas que producía silencio y ternura, cuando el canto me envolvía bajo aquel misterio

El día estuvo cargado de sorpresas, por alguna razón hubo muchas llamadas telefónicas que me mantuvieron distraído, y algunas visitas inesperadas de vecinos que estuvieron preguntando por lo temas relacionados con la pandemia, sin interferir mucho pude atenderlos y dejar siempre mi concentración para disponerme a volver a la hora indicada a volver a visitar a aquella montaña mágica.

DIÁLOGO CON EL VIENTO

...parajes de hondonadas antiguas, con llovizna y una brisa llegaba desde muy lejos. Trajo oleajes y voces, capitanes que demandaban sus barcos, sin timonel iban abrazados del tiempo, con los ojos saltones buscando el arribo a algún puerto. De repente apareció una dama de pelo negro y piel oscura me llamaba. Me invitó a caminar a las orillas de un gran río que bramaba suavemente.

Me levanté y me fui en su compañía.
Soy *la noche* me dijo en tono suave.
Ahí adentro vestido de estrellas
con la brisa danzas,
silba elegías con tus espigas azules
tomada de árboles
subido en voces,
anidan cuentos
túneles imaginarios en la noche.
Cuando pasamos
sonámbulos de hadas y encinas
retamas y olivares,
con sus aspas riegan
la noche clara
boscaje gnomos bailan
en las ramas silencios melodiosos.

Oh, oscurana amada,
santificas cantos y secretos,
oficias misa día tras día
pueblas tu espíritu sideral
noche de voces y coros
en siluetas,
dibujan azules relámpagos
amagan al quebradizo horizonte
en los ojos fisuras bajeles
semblantes infinitos del viaje a altamar.
Traes el océano
colmado de azares,

narcisos e higos nocturnos abiertos
noche eterna
de luces temblorosas
tan alta resuenas
con tus campanas de silos titilan
en los ojos tus velas lloran
sueñan el claustro y el infinito
pasan por tus arterias.
Temen mis ojos
de irse en tu espesura alba y antigua
hilado de misterios.
En los bordes tus labios lustros,
cuando pronuncias
mi cuerpo enluta tu sueño,
miles de años perseguidos viajas
hasta que descansan en mis pupilas.
Reposas
recinto de sed
estanque del amor con tus ojos enarbolan.
Miran los besos secretos y
la oscura lumbre lidia.
Has dejado todo
excepto el bello traje del sueño
traes como luz de la noche,
poesía del *Orinoco* sideral,
Éufrates mortal de lenguas
llegas infinita
y dulce.
De algún muelle zarpaste
de algún sol, de algún *Sirio* emerges,
de alguna flor naciente viniste,
más con tu rostro
lleno de brizna y trasnochos
y el canto en las venas desiertas,
sin memoria arribas.
Por mi te puedes quedar
la vida risueña hasta la muerte
Mujer espejada brisa de la noche inmensa
inadvertida mujer acicalada de polvos
cantas con el pecho oriundo
de boscajes y cuentos.
Mujer de sobrias maneras y jardines
con delgados dedos tocas
hondo el clavicordio

la catedral resuena en el río mío.
El otro río, espejo de luna
cielo claro de sueños.
Noche de noches
traes soliloquios
tocas y besas hasta
con el más sutil sonrojo.

Me sentía con tal regocijo que mi cuerpo pendía a una altura importante, como si me columpiara en una hamaca tomada de la noche.
Cuando el despertador sonó y mi cuerpo que estaba profundamente dormido se fue despertando, parecía como si le hubiesen arrancado un poema del pecho. Con esa imagen me desperté con los ojos aún entre dormidos. Mi cuerpo aún lo estaba, había quedado en una especie de embrujo. La brisa y el alba se insinuaron más fuertemente, así que mis ojos dejaron aquel sueño, cuando ya estaba de pie frente al espejo, tratando de ordenarme para el día.
El día transcurrió como la luz, se inicia alba, se va en su voz volviendo algo grave, hasta que termina. Enmudecida llena de oscuros. Así de raudo paso el día, sin mayor agitación y con un concierto melódico de nocturnos en el alma que me acompasó hasta la noche.
Llegó la hora y parado frente la ventana me dispuse a leer el mensaje dejado en la hoja,
"No intentes seguirme y menos detenerme."
Acompáñame en sigilo y verás en tus ojos crecer el amanecer"
El viento

Comencé a pronunciar el mantra cuando ya estaba enfrente de *la Gruta*.
Buenas noches, me dijo la voz. El visitante le espera
Pasé inmediatamente y me dirigí por la hondonada hacia la terraza. Estando allí, me puse cómodo y al voltear tenía sentado al visitante.
Buenas noches ¿Cómo estás? Conversamos en el sueño, ah, por supuesto *la Noche*.

La Noche: Aquí están los retoños de tus ojos,
se fueron ciegos
hacia la hondura de la noche
y ahora el soplo incierto del viento
y la dulzura del pétalo.
Una voz declama,
regresan anochecidos de cosmos y cometas,
se llevaron en la piel su herencia.
Apenas tenían agua para la sed.
Se fueron como si nada, arrobados,
y ahora, con la noche más adentro
que los tuétanos
de falanges y fémur
en su retina más profunda que
el sueño

tienen alforjas le pesan tanto.
Buscan un estanque para verter
el viaje,
voces inasibles
y silencio abrumador
en catarata tan alta
en su diafragma y huesos descansa.
Noche de noches
más alta que la noche,
que las piedras formadas en *Sirio*,
más astuta
que una sombra ebria
en desierto enlunado.
Intenté retenerte en las manos,
tomarte por algún cabello crespo
dibujarte en alguna cola de cometa,
en algún relámpago de ojos plata
o posarme en la luna inquieta,
canta derramada en el pozo del sueño.
O quizás asirme de tu voz,
inútil,
tu mar es tan frágil y hondo
ni con verbos,
ni con anhelos el alma
alcanza a tomar tu espesura abandonada.
Hincada en ojos reposas
escultura sutil
imágenes de arena indispensable
un tiempo innombrable.
Urdida por ecos del empeño
a los cuales no puedo silenciar.
Me sobrepasan
para tomarlos en la mirada
incierta busca tu viaje,
busca en la memoria
sin atisbar tu voz.
¿Cuán alto son tus astros?
¿Cuán indescifrable es tu idioma?
En anagramas soplas y
ojos se cansan de lagunas violetas
serpentean llenos de vigor.
Intentan subir,
subirte a tus sueños
Moldear tus templos lejanos

perderse en brazos
abrazarme
incesante raudal nocturno.

Yo: Ya lo sé
era inevitable
te hable desde la marcha vas dejando
día tras día,
púes sé que planchas al viento
y como los rostros se habitan
de pájaros y túneles de la otredad.
Ya lo sé
llevas en tu cuerpo la anchura
cóncava del infinito
y que muestras el océano de estrellas
inconsolables de brillos platican.
Ya lo sé me has invertido
los dibujos que junto al verano
y los días de ocio suelo hacer.
En cualquier parte trazo
líneas delgadas de perfiladas siluetas, blanquecinas.
Y en cualquier parte
encuentro hermosas damas
de ojos claros
bañan con sus piadosas miradas,
arrepentidas quién sabe
dulcemente ornadas de labios
la flor amanece, junto al silencio
se llevan aromas a las verjas de la memoria.
A ver si estas pueden conmover la finitud
y logran el vuelo hacia la distancia
volando sobre los ramajes
y alzan la mirada a las altas colinas
desvestidas de azules.
Ya lo sé, con tus azules de luces penetrantes
y magas de secreto te robas
los rostros, ocultas
en silencio
persuades ventanas del alma
abran sus ríos y permitan
la luna pasear por los bulevares se entablen
los encuentros de la memoria
y el imaginario canturrea la brisa
desviste el tedio

y poda aquellas ramas inservibles, caducas.
Las manos dulces tocas la flauta
con unos labios de excelsa timidez
logras melodiosa sembrar de infinitud
la garganta de ríos y astros cantan
como orfeones en soledad se juntan.
Te has llevado el verano,
la primavera, el otoño
guardas en tu gigante venas
el pulso del sueño.
Y ahora que te he visto
despiadada en tu oscurana.
Me espejas en mi voz
y no sé, si soy en tu oscura boca otro
o si es mi anterior el que dormita mientras
en el día las horas silenciaban su voz.
Ya lo sé,
eres mucho más de lo imaginado
no temo a tu silencio.
No hay nada ya que debo temer.
Si te he invocado
hasta con los íntimos atuendos
si he sembrado tu canto
si he visitado el sueño y
he anochecido noche tras noche
buscando en tus puertas algo,
quizás una mirada piadosa, no lo sé.
Ahora sé que eras mucho más
que una esfinge negra
en el medio de la oquedad
muchos más que el océano placido
y fulgurante de navíos.
Si con esas batallas de habitarte
y habitarnos con los olores
que se van en tu piel
como semen imperceptible tus tallos
y troncos habitan.
Si con el remanso de tus nubes
y silencio
me he quedado a tu lado.
Ya lo sé,
te has encarnado a tus brazos
la sombra y mi otro
el que descansa y solo despierta

cuando lo habitas
de noche y lo desdibujas
a tu antojo
con las caricaturas inusuales
le dibujas vértigo
y soledad, el sueño y alegría.
Cuando plantas tus voces
de dama silenciosa y eterna.
Ya lo sé debo irme
en ti, embriagarme
en tu mirada hasta la cimiento
de tu hondura.
Ya lo sé ahora
soy tanto como quise
y quizás más y eso
te lo debo
tan alta como los
muros inasibles del cielo, más altos.
Noche de mi noche
y de otras me tocas los pasos cuando
me intento tocar en la piel
te siento hasta en el sueño
despierto de ti.

Me dispuse a indagar a la noche, pues era tarde había dejado su nota encima de la mesa, e iba hacia la hondura en busca del tren. La perdí en la niebla.
Me levanté y dispuse de unos minutos para estirarme, me fui lentamente hacia la salida. La voz me intercepta y me dice que no lo esperamos.

DIÁLOGO CON EL MAR

*El aire se llena con los sonos bárbaros del agua,
en los que se declara una fuerza profunda;
ellos componen un cántico infinito
concertado herméticamente con otras armonías distantes.*
José Antonio Ramos Sucre

Estando en casa y con la brisa que se introducía por el ventanal levantando algunos papeles olvidados sobre la mesa de la sala me dispuse a cerrarla. No sin antes volver a mirar el majestuoso *Ávila*, que a esa hora se divisa mágico. Algo claro y con ciertas rotulaciones de sombras. La ciudad a sus pies empieza a retirar sus luces y el ruido de la noche inicia suavemente su fogata.

Me fui a dormir, había llegado sumamente cargado de música de aquel frondoso hábitat y su inmanencia de energía vital que me inyectaba torrentes de paz. Apenas puse la cabeza sobre la almohada permaneci dormido.

En pocos minutos me encontré caminando por un boulevard que miraba hacia el mar altivo, lejano, pero tan cercano como el viento que roza los labios y mascullo cuando resbala la playa. Como céfiros del cielo, tan delgadas voces parecen flores se juntan y crean ramos para los visitantes de aquel hermoso boulevard enquistado en la boca de la playa de algún litoral. Exactamente no sabía si era *La Guaira*, ni si estaba en *Los roques*. Había una mezcla de la playa viva con algo de concreto. La opulencia de un mar más que suficientemente azul, con sus siete sueños y tonalidades venía a decirnos en un lenguaje de ánfora marina lo hermoso de su idioma. Cada sílaba era una noche, cada una tenía una letanía como viajes que se han ido a los puntos indescifrables, solo el buen capitán o las olas persistentes llegan. Cada sílaba se encadena con un barco en sus vocales prestos para zarpar junto a la tarde, reunidos como un gran cardumen se presentaba risueña y ondula bajo el agua y las voces lo reclaman en el crepúsculo.

Seguí caminando y en un paraje a escasos metros de la orilla del mar, estaba un banquito solitario, algo soñoliento e indispuesto, había algo en aquel semblante que causaba curiosidad. Sin darle muchas vueltas me senté a mirar la lejanía, y a escuchar el infinito de los ecos. Intenté escribir algo buscando el ritmo entre sílabas, pero me hallaba perdido en el bosquejo marino, ya amenazaba con silenciarme. Ola tras olas me fueron llevando a su marea era la altura de las crestas con algunos gestos cuando baja y besan el humedal de las arenas. Así continúe por un rato, tomando el canto pausas, silencios. Cuando se aproximó alguien, no supe cómo apareció, no había nadie a cientos de metros. Me preguntó ¿Está ocupado?, algún problema si me siento.

No, indudablemente que no, es público y solo andaba tomando notas de la melodiosa marea, trataba de entender la memoria y los silencios, y la profundidad.

A pero que bueno que así perciba el recital.

Pasamos un rato sin hablarnos solo observamos cuidadosamente como el mar entregaba su savia a las arenas y cómo regresaba silenciosamente y vuelve una tras otras veces. Hasta que hubo una pausa.

Me preguntó: ¿Usted se dedica a escribir?

Sí intento hacerlo, es un oficio que adquirí cuando joven, y se ha ido consolidando con los años.

Me interrumpió y me dijo:

Si imaginara su escritura fuese como el oleaje, que va una tras otras veces intentando vaciar sus fauces, los viajes, los misterios y secretos. Borra toda la melancolía e inicia una tras otra vez una escritura pulcra en la arena. Es como cuando amanece y uno lo puede ver día tras días y se repite de forma constante la albura llenando los silos vacíos aún en la oscuridad vacía de luz cada uno y va silenciando con su arpa divina de sueños sostenida de amor.

Cuando el oleaje llega no sabe exactamente lo que contiene, puede venir tan clara el agua, o levantarse enfurecida como si tuviera un sermón en el pecho y estallar su laberinto, se bifurca cuántos caminos dibuja.

¿Usted cree que cuando escribe le ocurre algo similar?

Bueno ahora que lo dices sí, hay una expectativa, pero no se sabe cómo se desencadena hasta que uno no está frente al lienzo blanco y dibuja en versos lo que llega. Pues sí, son voces silentes que te transporta quién sabe adónde, como si hubiese algo mítico en cada sílaba o puertos que se encienden y llevan faros tan profundos. Hay ventanales insondables que cuando se pronuncian pareciese que hubieses llegado del fondo del océano o hubiese viajado en alguna ballena y hubieras subido y bajado buscando la lumbre de la luna o el sol que irradie el espinal de las letras. Muchas veces he visto veleros intentando ser movidos por los versos, y cuesta a veces sacarlos del tremedal, son como remolinos, y muchas veces se abrazan a la profundidad con tal fuerza que para sacar algo, una uva de alguna rama. Un trago servido para los labios en alguna copa, aunque sea algún verso se pueden pasar horas. Mientras otras veces, apenas llega la ensoñación parece que navegas silenciosamente. Es como si en uno hubiese arrabales, arrecifes o contracorriente que te empujan a quedarte atado en un mutismo que no dejan pasar. Y en otros días claros y soleados, o en el crepúsculo llenos de silencios tan sentidos que puedes pasarte las horas intentando parar, y te vas yendo como el viento con su devaneo hasta los confines de las letras.

Sí, aquel visitante me decía:
Si el mar convoca con sus venas
levanta lo más ínfimo
nada se pierde con sus lenguas de espumas.
Cuánto celebra el haber tocado
lo más silente, es como
querer bajar hasta hacerse silencio, misterio
que no haya nadie escrute
lo vivido del viaje.
Como vitrales antiguos va cavando,
moldea el laberinto del sueño
ora desde lo más profundo
erige catedrales,
se van hacia las honduras convertidas
en brisas se van hacia los bosques,
a las palmeras y a la vida.
La llenan de alegría y rituales
Tan profundos, tan distantes en siglos.
No sabemos si hoy escribimos
lo dicho hace miles de años.
No sabemos
si se esculpen en los silos los arenales
con piedras tan antiguas
como los astros que nos miran,
tan silentes y
en sus cofres guardan

los ecos vitales de un más allá
se nos ha escapado de las manos.
Tan solo sabemos cuándo llegan y aun
ni siquiera sabemos de su voz,
de su alma ni mucho menos del viaje.
Cuántos pájaros la anidan, cuántos peces
están en su espuma.
Cuántos velorios
se han alcanzado para llegar a la orilla.
La lejanía y la cercanía,
solo sabemos que estamos,
que existimos, por eso
cuando callamos somos parte
del oleaje que se ha ido
en sollozo al viento.
Se ha sembrado y crecido
en los confines del tiempo.
Somos huellas y tiempo,
somos más que arena,
somos la vida.

Me detuve a pensar y a ver por un instante lo que me había dicho, me distraje tratando de atrapar el vuelo de una gaviota.
Cuando me voltee el señor no estaba se había esfumado. Y ahora no sabía, estaba en desconcierto si era una ola, o si lo había soñado. Buscando entre las olas, empecé a oír cada vez con más fuerza un timbre que me sacaba del mar.
Era el reloj que sonaba
Ya había amanecido y con todo y el sabor del mar en los ojos, oyendo sus olas me desperté. Como si hubiese estado toda la noche enfrente a él.

El día se despertaba altivo con su luz blanca y luminosa, cuando vemos un haz al trasluz, es como si viéramos constelaciones. Polvo que colorea y nos hablan las partículas en la cual estamos inmersos y recuerdan a las miradas que se logran por los telescopios, son como puntos diminutos que puntean y van dándose forma a medida que vamos sobre ellos. Esa mirada tan dócil en el haz, me había llevado a sentir la espesura del cosmos. Muy significativa pues cuando el hombre levanta su vigilia del día, es como si el sueño deseara continuar en la canoa onírica y de repente se subieran muros, o simplemente al recorrer la oscuridad, estos quedan visible. Pero aquella mirada a través del haz no regala la certeza que somos tan diminutos como esas partículas de polvo que miramos, nos miran. Y somos parte de ellas, y entran al inhalarlas, al exhalarlas.

Dispuse a buscar algunas cosas pendientes, tomé algo ligero de desayuno, y luego inevitablemente volví sobre el sueño. El oleaje resonó más de una vez, como esos cuentos que repetimos, historias indelebles que se nombran solas, aparecen en la memoria, cada cierto tiempo tenemos sus ojos discretos, sabores de almendrones y de pájaros indolentes que nos miran, como si fuésemos parte de

ellos. Nos invitan a soltarnos de tanto ruido, y del escaso tiempo del cuerpo, a buscarnos en algún muelle de su itinerario. Quizás buscan un refugio ausente para ir a su vuelo seguro y se espeje más allá del viento y de su sombra en sobrevuelo que pasea haciendo maromas, pinceladas de un alto encaje, tan sensible que se incrusta en el mar y no volvemos a saber de estos. Sí hay veces que nos bañamos en él, y es como si adentro se agitarán pájaros o simplemente será su inmensidad que nos trae algo de nosotros y no lo sabemos. Una mañana recuerdo que vi alzar vuelo a una gaviota y era tan de ese lugar que estaba en el medio del trópico que la bauticé con ese nombre. La vi día tras día, remontar con unos ojos vivos llenos de vida y alegría, que lagrimeaban quién sabe si algún a deuda. Voló y picó algo en las orillas y luego emprendía, algunas veces, la vi humedecerse. Después con el tiempo, cuando ya han pasado meses y tal vez años, en ese mar aún siento a *Trópico* como si su vuelo estuviese allí aleteando sobre la sal, se persigue nadando hacia la sed del fondo. Simplemente es eso un silente recuerdo intentado subir, prosigue, dibuja sus pinceladas y regresa a lo más profundo. Pero su mirada alegre, altiva y de búsqueda que invita, con su dejo de lagrimear, no deja de estar ahí. Como un barco elegante moldea con su sombra el agua lo repite hecho de brisa, y sales, tan apacible como el color blanco y gris de su plumaje peinado por siempre, tan diminuto, pero tan inmenso como su vuelo.

Estuve interceptado por el idioma del oleaje, intentaba saber si hacía preguntas, o si tal vez como indicó anoche el visitante en el sueño, eran versos que se derraman y van quedando en el espejo del tiempo, tan húmedos y profundamente inmersos en la sed de las arenas. Sus voces van sigilosamente remontando la orilla y la brisa levanta su cielo, se hace su tiempo. Se va con las gaviotas a embelesar sus picos y se pierden en el azul, con espumas y el zigzagueante embrujo, dejan a los ojos flotar en la bruma de una voz. A veces anochecida, otras veces lánguida, y otras enfurecida con el corazón estrecho.

No hay un solo ritmo, sino que, entre colores azules, que a la vez se intercalan con la brisa, y las olas fluyen melodiosamente dentro de nosotros, adentro del corazón marino.

Volví sobre el día, ya era casi mediodía, hora de almorzar, así busqué algo en la nevera para prepararlo. Monté el almuerzo y mientras, lo esperaba, puse algo de música suave, muy cercano al sonido del mar. Mientras, ahí estuve sentado en el diván de la sala, y preguntaba por aquellos diminutos ojos que me miraron en las sales de la marea, *Trópico* con su elegante silueta mordía mucho más de un sueño, era una canción algo remanente que busca habitar. Miraba en los ausentes vuelos, era como piezas sueltas en los vientos, pero su eco, como caracoles de noches se presentaban indagando con su plumaje blanco y gris.

Quién sabe si en alguna vereda, o en la noche lo encuentre, buscándome, o tal vez solitario. Quién sabe si solo es eso, un hilo que resuena en el mar, y me llama.

Trópico vestía, eso que algunos llaman duende u otros el viaje.

Algunos también lo llaman ángel. Tenía esa fibra nocturna con sus bellos ojos prosigue hacia la noche, hacia el vigilante sendero del sueño.

La comida ya estaba, me dispuse a almorzar, siempre con la música de fondo y el mar casi en la sala, removiendo con su oleaje mi cuerpo. Lo bañó hasta la saciedad.

En la noche, ya a la hora me dispuse a leer el mensaje:

“Buscaré en lo angosto de los labios pronunciar aquellos silencios, los cantos y orígenes ateridos a tu pie. No busques adivinarme.
Espérame con sed y paciencia. Si llego”

La Noche

Me encontraba frente al ventanal, e inicié la pronunciación del mantra, sin darme cuenta me encontré enfrente de *la Gruta*.

Apenas había llegado, cuando enseguida me abordó la voz.

“Buenas noches, ¿cómo ha estado?”

“Bien gracias,” respondí

El visitante le espera.

Me dispuse a entrar, caminé como siempre pausadamente, en compañía de la voz, hasta que llegué a la terraza. Tomé asiento y empecé a observar aquella mágica frondosidad, parecía un concierto, tan bien hilado con suaves acordes y lleno de una vibración se vaciaba con un sigiloso aire paseaba entre el verdor. Parecía que todo engranaba con absoluta precisión, había como una iluminación implícita entre los tonos del verdor, como gotas de aguas se degradaban casi sin diferencia. No había terminado de hacer el recorrido con la mirada.

Cuando me abordó el visitante ¿Cómo has estado?

Yo: A claro, usted es él del sueño de anoche.

El Mar: que bien que me reconoce, la pasamos bastante agradable enfrente del mar, oyendo y disfrutando de su iterativa forma de volver y volver, sobre sí mismos.

Como nuestros viajes que van y vienen,

y se devuelven,

a veces se depredan

los sueños.

Caemos sumergidos

en profundas agonías.

Así seguimos remando, aunque

tengamos el alma en trozos

la sal cura heridas y el olvido.

Cuando estemos distraídos

como delincuentes

volvemos

a los oídos

con voces,

volvemos ausentes de nuestro ser.

Inmersos en otros,

viajan con nosotros.

Vienen muy adentro

como anodinos sonidos

anudando el silencio

intentando dejar

en el tiempo ventanas
y no solo versos.
Como piezas solitarias,
sino el bramar del oleaje,
bramido de la tarde crepuscular.
En los amarillos
distinguen aromas llenos de té
se divisan tus labios, tus ojos
cuando miran la tarde.
Y está en sus horas
se aboga en sermones,
a escribir lo más íntimo.
El semblante, aunque este roto,
aunque esté ausente
aunque contenga al mar
aunque contenga sus mares y tempestades
aunque en oleaje sumergido
aunque seamos corales o simplemente brisa.
Aunque el sollozo este bajo la cruz
de una oración al pie
del beso destino.
Aunque no existas
aunque te extrañe, extrañe tu voz,
extrañe el tiempo
extrañe el alborozo de tus brazos.
No siempre podrás salir, no siempre
pero siempre saldrás,
como la noche que,
aunque el cielo en nubarrones este,
aunque tormentas encolericen
y relámpagos quiebre.
Podrás salir
con tu tez bañado de azahares,
noches y cuanto
cielo de nubes y estrellas
te asalte en lo íntimo,
en lo último del beso
habrá el hallazgo más noble de tu voz.

Yo: Cuando voy sobre ti
mirándome en el silencio
como una vela ciega,
en una celda sin temblor.
Alumbra el eco

sus sílabas tal silencio.
Conversaba como viejas en parque
sembradas de espigas olores,
desnudas en el mirar.
Aromadas por el faro inquieto, impreciso
de aquellos ojos avezados
lo lejos divisa
las perdidas notas
sueltas quedaron en el cofre
y alguien las abre con una muesca sutil.
Así cuando voy hacia a ti
y hundo los pies
en tus mareas
encuentro a mi cuerpo viene en nado
raudo.
Y el otro anda
flota inerte
lo llevan las olas
una vez despierto en altamar
los abismos y vértigos
los ojos recrecidos como
antorchas
sucumben en las brasas, y siguen
oliscan adentro en la piel.
Cuando voy hacia ti
y ando sobre aquel reflejo
Como la noche se desnuda en estrellas
y el río la lleva entretenida
y entonces es la deriva,
es el amor, pero también es la marea
adentro
en la voz
en lo más secreto.
Oculto enciende lumbré
enciende besos y caricias.
Y la proa vuelve mar
y el barco
encamina hacia a ella.
Hacia su voz endurecida,
como paredes de sal,
esculpidas de esquirlas
encendidas por lo más alto
sus crestas.
Y el olvido

de haberme ido hacia ti.
Me fui y nunca he vuelto,
cada vez
que voy lo intento,
pero no regreso.
Sigo ahí, en el oleaje
me viste en los sueños
en aquel pez último
o en aquella orilla,
habrá espumas,
habrá lo indeleble que bañe
inclemente
el sosiego.
Sin ataduras
quieto como la noche
se soma
diestra
en el cauce, ¿quién sabe cuál?
Se asoma igual con su intemperie
y vasija de duendes
busca alguien le escriba una carta
para enviarla lejos.

Estaba en plena ovación interna, inmerso en aquel viaje sin regreso. Cuando volví sobre el visitante, lo vi irse. Llevaba una gaviota blanca y gris.
Me dije: ése es *Trópico*, que siempre estuvo conmigo, siempre alza vuelo en lo inesperado, en lo más alto se siente, con su dulce e inquieta silueta. Tan bella, tan alta como la noche, se fueron hacia lo hondo de *la Gruta*, iban en su canto de mar llenos de vida.
Permanecí viendo el verdor y la neblina que descorría la escena. Me dispuse a regresar, me fui lentamente sin antes recoger la hoja con el mensaje. La voz me acompañó hasta la salida. Regrese mañana, lo

DIÁLOGO CON OLGA OROZCO

Entré a la casa y en silencio me fui ordenando como una cítara hebrea en la partitura, las notas, y deja ir el tiempo como la brisa o el sediento río baja en su tempestad de cauce.
Fui directamente al cuarto y algo cansado me cambié la ropa había quedado olorosa a aquel café, entre olores a cigarro, lo eché a la cesta de la ropa.
Preparé una infusión y luego de beberla mirando a lo lejos el *Ávila*, me fui a dormir.
Me encontré en una ciudad de mucho trajín llena de café. Por ahí caminé hasta que vi un letrero que decía *Café Chamberi*, ahí entre y pasé a sentarme en una mesa. Éramos unas cinco personas al lado tenía a una dama dulce e inteligente. Muy dúctil con el verbo. Llegó un mesero y pedí un café y un

bocadillo. La dama me saludó y me dijo nos conocemos. Me llamo *Olga Orozco*, un placer. Me es grato saludarle, muchas gracias por compartir con ustedes. Los otros tres caballeros me saludaron y se presentaron *Aldo Pelligrini*. El otro con un gesto cordial y de acercamiento me dijo un placer *Oliveiro Girondo* y el último que estaba en el extremo también me saludó muy cortésmente, *Enrique Molina*. Les saludé y les deseé un rato de salud y alegría. Ahí estuvimos entre tantas cosas intercambiando ideas, conversamos. Mientras intenté hablarle a *Olga*, hasta que *Aldo*, *Enrique* y *Oliveiro* se fueron a una cita que tenían en una revista. Los iban a entrevistar y estaban muy cerca del sitio. Así lo que había deseado logré estar a solas y poder entonces hablarle libremente. Era de mente muy ágil y rápida y tenía un encanto con su gestual apariencia que estaba frente a lo inesperado y dulce.

Yo: En tus ojos brotan dos cuencas azabache claros como la luna llenos la lira vital celebra la noche el día y el infinito aúlla en la dentada brisa.

Persiste en el medio de su cofre el canto una bandada de alondras.

Se fueron a llover en su tapa el ataúd vela tus manos despiertan con los labios en la noche de sus poemas se quiebra el quebranto febril.

Como cuando se incineran escombros y las servilletas pierden su elegante blancura, sonrojan rotas de tinta por la urdimbre del sueño pasó el azulejo canta.

Su nido de asteroides y la mariposa reposa sobre la vocal, inquieta te espera con apariencia estéril y de inmutable asienta sus patas en la esterilla bordan la noche donde la luna cava su placenta de dama inmaculada y extinta labra su tierra.

En tus ojos se adentra la voz de un alacrán busca en el latifundio del miedo perdida en templos.

Ora el cuerpo con un relicario de maderas caobas y piedras ónix, recuerdan lo ígneo en las lavas deificadas como santuarios donde erigir plegarias y cantar con su vigor del sueño.

Se arrincona en el pecho una cruz de piadosas piedras violetas salta entre sus dedos un traje azul y de encajes lunares. Como un río se viste de vidrios refulgentes y seniles, lloran cántaros, pegados en la cuenca de un lago de aguas entibiadas por la desnudez de la piel se entra en la casa donde aguardas con tu cara de sílabas y brotes azabaches de hendida inquietud ensanchan el roer de las horas, como barcas pasean entre los cabellos negros. Muerdes su agonía cuando en el reloj se hace la cena templada de olores naranjas y en el crematorio se venden los espejos de un ayer al mejor postor se muestran las epifanías y su anchura sílabas de pradera, se anuncia el civismo del bosque y la lluvia limpia hasta el último pecado de la tierra toca el clavicordio febril en la iglesia llama entre su plegaria quedan prendidos los faroles de la noche en la llama refulgente Dios nos recuerdan a esa angustia e insurrecta. Tu cuerpo anida como la borrasca temida desciende en un mirar de longevidad y elegancia reposas refundida en tus versos.

Un tanto inquieta con sus ojos *Olga* se movía como la brisa en el alba, en segundos sientes que el mundo lo tienes en un canto enfrente. Con ella, no hay fronteras. Pareciese que el relámpago habita la desnudez con que sus palabras emana y su voz espejada de astros y mundos abriga la altura en su cuerpo el silencio se empeña en vestir la noche de moradas oníricas. El ensueño despierto con que las casitas parecen lares de duendes y los gnomos se bajan de los juncos a moverse en los relojes en árboles erguidos, semblantes tomados por el verdor y la frescura. En las montañas y casas de lumbre tibia, en las mesas se toma en copas el agua de la lluvia calma la sed del sueño y las ataduras de un sinfín de insomnios, y en la piel leva el amor de una tez destinada a versar.

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando se acercó otra persona a la mesa, amigo de *Olga*. Ella lo saludó muy cariñosamente. Y me lo presentó. *Carlos Latorre*, me dijo. *Un placer*, quién me saludó de forma amable. Nos sentamos y continuamos conversando, distraídos por la música de fondo, que generosamente iba consonó con aquel deleitoso lugar.

De repente, oí el sonido del despertador ya había amanecido y tuve entonces que salir del sueño y entre el entresueño y aún el dormir. Me tentaba la idea de secuestrar a *Olga* y robarla por unas horas para seguir con ella deleitado con su palabras y dulzura.

Entre una cosa y otra, me levanté, y me fui hacia la cocina a preparar un buen desayuno, que se avivaba con aquellos ojos claros de una profundidad y elegancia única de aquel hermoso sueño.

Ese día quise hacer algo diferente y decidí salir en el carro a buscar algunas cosas que se necesitaban en casa. Un ambiente muy distante, daba la sensación de escalofríos al ver una ciudad allende pujante, revestida de un ensimismamiento y lentitud que asombran a cualquiera. Los árboles estaban movidos por una brisa que los sacudía desde el este hasta el oeste una brisa bucólica había tapizado a la ciudad. Las autopistas estaban vacías pareciesen fin de año. Me fui lentamente en el carro mientras me detenía a comprar en un mercado cercano algunas legumbres y frutas. Más adelante en el quiosco de la esquina detuve el carro:

Saldré a pasear con la brisa,
liviana con el paso
trenza la claridad,
desnuda la noche de la arboleda
le toca suave a *Juana Pérez*
la ventanilla en el quiosco,
parece que hubiese estado
por más de cincuenta años sembrado
con quejidos esta indumentaria
de latón.
Denuncia algo que no se escribe
sino en la piel de quién visita,
solo fantasmas reposan
lejanos con ojos de extravío.
No exhibe ni un vespertino,
ni nadie se asoma cerca,
se sujeta con su vejez,
anclado en aquel rincón las voces asaltan y
la delincuencia
campaneando obsequios, coloquios de burdel.
De vez en cuando
los pájaros canturrean
con ojos de horizontes y crepúsculos.
Al pie las aguas corren,
hieden la noche en sus vísceras,

cantan, sueñan
la amargura desagua empobrecida,
corre con el llanto sanguíneo
parpadea oscura.
Doblan en la canaleta
a seguir con el mensaje trasiego.

Hace más de tres meses
que no se abre la ventanilla
del quiosco tiene abultados
insultos colocados
como discos en la cornisa de la tez,
guardados a salvo.
Saldré a pasear con la brisa,
va con el alba
encima de la arbolada y la blancura
de enormes silencios
y sigilos urden jarrones
pegan claroscuros
mosaicos elegidos
por el tonal de la ventisca.
Moldea con las nubes
de guía
muestran el cordón del sueño,
entre la silueta blanda,
mientras seca los destinos
y las voces cantan
dentro en el ojal del jarrón
celebran el alba
y buscan con los ojos
de silencios y compasión
eligen flores y ramas
para llenarlo de viajes y siembra,
aromas que fraguan.
No faltará
quien tome para su noche
un presente que arome su voz, y la soslaye
de jardines y esmaltes plateados.

En cada esquina un disparo herido
en la rasgadura del miedo
y en cada parada deja
silbidos y viajes fantasmas
el bus no lleva canciones,

el bus no pasa desde la noche,
con la voz calma el blues
el jardín que ha tomado flores
y silencios sombras,
las horas las lleva en el vestido de lluvia
que anuncia la ventolera y la noche sobria.
Te hemos estado esperando con el torso de yeso
y la mirada impávida
esculpida por los dientes de la mañana y
una modorra insólita
nos hace callo en la voz.
Con una jaula de aves y sueños
atrapados por la redondez del girasol
del cuadro esquizofrénico
alumbra
el jarrón de la urbe con pasos quietos
y con la prisa en las esquinas,
es motivo
en los ojos,
en el verbo los techos de la soledad.
Saldré a pasear con la brisa,
liviana con su paso
trenza la claridad,
desnuda la noche de la arboleda
ata los pies desandan
el nudo vertido en bolsillos
las manos desgastadas
de remar en la nada,
de volver, y regresar, de volver y regresar
a la quietud inesperada.

Al no salir nadie, entonces me fui con la brisa a otro quiosco a comprar algún periódico. Encontré un par de periódicos como a tres kilómetros del quiosco, que habitualmente me surtió de la prensa por un buen tiempo. De ahí, me detuve en una panadería, donde aproveché para tomar café y leí un poco de prensa. Estuve viendo a las personas como entraban con una cara de desazón, con las cejas, donde cada una andaba por su lado y los ojos a medias, como si el tedio se hubiera aparcado en la mitad de las pupilas y ahora se acostaba de ancho a ancho ocupando toda la atención. Esa vestimenta de opacidad la vi en la mayoría de los visitantes, excepto cuando entraba la risa de un niño que acariciaba con su brillo las nubes, ni siquiera se inmutaba por algún llamamiento de sus representantes. Se les sentían cómodamente enajenados de la situación y solamente encontraba lugar para largar su vivaz cara y la sonrisa que los acompañaba en un andar inquieto. Sin mucho más que hacer la prensa la había leído un par de veces, viendo los titulares y algunos artículos que llamaron mi atención, entonces decidí regresar a la casa. Ya eran cercanas las once de la mañana.

Entré a la casa e inusualmente la brisa había removido el orden de la mesa, una hoja que empezaba a dibujar un poema y varias cosas estaban en total desorden en el piso. Cerré la ventana y me puse a colocar todo en orden. Así me dieron la hora del almuerzo, eran casi las tres de la tarde y la brisa continuaba golpeando el ventanal con fuerza.

Pues sí parece visitas
con la lucidez de un faro en altamar
auscultas hasta las vocales,
se desnudan impropias de rubor
hasta el paso del lápiz tacha con borrones
buscas en las cuerdas tocar.
Los poemas sumergidos
en olvidos intentas tomar.
Hay un mundo invertido,
en el ojo, que no puedo ver por ti
son solo ojos atribulados o quietos
han pasado a bogar a su río
con ventanas que no son las mías,
son las tuyas que no me caben al mirar.
Se ha perdido más de uno
intentando regresar por otros caminos antiguos.
No saben cómo vuelven,
hay veces las brasas los tocan
y dejan cenizas, como vidrios al andar.
Se han ido por las orillas,
y ahí a secar
con la luna
y al amanecer la piel sana la retina del ventanal.
Envueltos en su lírica,
desvestidos
por la resaca alta
habitan en el paladar la voz.
El sabor a lejanía
y una ubre hinchada duele al inhalar.
La resaca dura poco
y el aliento vuelve,
suave a cabalgar
quien no regresa son los otros se han perdido.
Cuanta belleza tienen
aquellos parajes,
paisajes de otredad,
no importa la piel y el cuerpo la sed
puede más.
No hay silencio, ni tempestad,

ni olvido
son las puertas más altas
y el olvido que hilan infinito
nos hablan desde el más allá,
con sus astros y yerbas en el rostro
nos toman
la ebriedad.
Será el alba que alumbra
los pasos en el humedal desierto.
Son los silencios anidan
se olvidan al pasar,
son las nubes, las nieblas,
nos tocan con guitarras
la sien y el corazón desde el ventanal.

Me entretuve oyendo música y leí algunos libros cuando ya era la hora, de ir a visitar el *Ávila* cerca a las diez de la noche. Me paré frente al ventanal y rescaté de mi bolsillo la hoja con el mensaje de *Don Huidobro*:

“No dejes de leer mis *Obras Completas* búscalas en la biblioteca que ellas irán a encontrarte.”

Apenas abrí los labios mirando por el ventanal al *Ávila*, con su majestuosa pared, cuando ya me encontraba en la entrada de *la Gruta*.

Buenas noches ¿cómo ha estado?

Bien gracias, muy entusiasmado de regresar a visitarlos.

Me es grato oír esas palabras. Pase que el visitante lo está esperando.

Me dispuse a entrar y como lo había hecho anteriormente fui caminando paulatinamente hasta que llegué a la terraza. Ahí me senté y me puse a recordar mi anterior visita cuando estuve conversando con *Vicente*. Repetía en voz baja algunas de sus palabras cuando me abordó el visitante.

Hola. ¿Cómo has estado? Nos vimos anoche en *El Café Chamberi*, ¿me recuerdas?

Por supuesto usted es *Olga Orozco*, imposible olvidar sus palabras y el bello rato que pasamos hablando de poesía y en compañía de los escritores

Olga Orozco: Qué le parece si volvemos al café, nosotros lo visitamos con frecuencia y tenemos unas tertulias muy divertidas.

Hay veces que se nos suben los poemas al ático.

Y nos vamos en los huesos buscando en la sombra de nuestros sombreros a ver si al mago se le olvidó algún conejo, nada como la noche en sinfonía. Nada como el susurro de las grietas en el relámpago puestas en una servilleta. O nada al ver en cada ojo donde nos hemos perdido en vigilia.

Nada es más cierto y ni en el envés de la voz puedo esperar tu atisbo.

Nada en tu mirar de herrumbre intenta aprisionar mi abrazo en un eco.

Nada de ti me es ausente ni las estrellas tiemblan en el ardor de tu voz.

Nada es como incineras el remanso vaga hacia su ensenada de la lengua amarga sepulta del precipicio.

Al atardecer cuando nada es más ausente que tu ausencia de mirar en la boca brota donde han quedado los veranos y las luces de bengala que traen en los ojos como un prendedor atado a ti ausente, adónde las primaveras de esta carne pliega. Nada te puedo mirar sin el espejo.

No hay nada más claro en tus ojos y delgadas manos de marfil en las copas.

Besas palabras.

Cómo si en mis abrazos aún la aurora empieza con neblinas y nada en la cercanía del aliento.

Me es más claro tu ausencia en tus ojos de noche y de astros cuelgan de sus vacíos.

Y sueños.

Me miró y me dijo nos vamos.

Nos levantamos y nos fuimos a buscar el tren. Esta vez estuvimos esperando su llegada cerca de diez minutos tardó en aparecer con su semblante de faro neblinoso se detuvo, y enseguida subimos. Nos fuimos en dirección del café. En menos de veinte minutos habíamos llegado. Nos bajamos y recorrimos algunas calles, hasta llegar.

Entramos y nos sentamos en la misma mesa del sueño de anoche, estaba perfectamente ubicada, se podía convertir en una mesa ensimismada, como en una mesa muy sociable. Creo que eso era lo que la hacía atractiva para *Olga*, quién gustaba estar siempre acompañada de amigos.

Le dije al mesero que, casualmente, fue la persona que también estuvo en el sueño, casi que le digo me trae lo de

anoche. Pero preferí ser cauto y le pedí un café y un agua.

Olga pidió también un café.

Yo: Quiero contigo en *Achernar*

sujetar el encuentro y sintamos

El Nilo con la mirada de esfinge

y el ulular en tus ojos piramidal.

He visto tus lunas en blancura de tu voz

y la mirada sigilosa

horade alfabeto solo para los dos.

Cuando pronuncias

en los párpados de *Sirio* hexagramas

me paseo por el boulevard

tomado de la mano tus poemas viajan.

Mi voz parece de otro mundo

navega cerca *Achernar* muy lejano el extravió.

En tu piel

reiteran mecidas sílabas

cristales de cuarzo.

Llaman con su canto

pájaro de otro cielo

vuelo tan alto y claro

como tus ojos reflejan,

lágrimas callan en las riberas del río quieto.

Entibiado aliento y dulce melodía

en tus manos silba mandolina mora-

Me arrestas

como rehén quedó
bajo la tutela del silencio antiguo
vendas ocultas luctuosas
impregnado de un sueño.

Tu *Tebaida*

leo tus poemas,
hay un río plegado del *Nilo*
mira en lo alto a los trece *Nomos*
en la noche mira
a la otra noche.

Como está se ve en sí,
como la otra suda
en plegaria tu silencio
es un altar nómada
en los médanos del *Sahara*.

La lejanía es tan mía como noche henchida
en su silueta
enhebra lejanía brama
detenida en tus manos la niebla.
Oh, Achernar, en mi piel tu canto bulle,
en sus itinerantes versos.
Me hieres de almíbar
tu azul claro y nocturno
besa la noche de tu mirar.

Olga Orozco: Sí, la deificación del mirar a esos otros mundos
siempre ha sido objeto de mi voz

Me desplazan en la llanura pampa holgada
masculla mi hendidura el gato de mis ausencias

de un anochecer fulgurante con la puerta
entreabierta y un azul de indecentes fauces

parece tiene en su muelle a un barco de neblina
procedencia

lleva un mástil y una bandera con elegantes
letras sondea con las estrellas de ojos
punteados

Un timón de insinuante madera
desespera el estar en silencio temiendo de si en

calladas horas rotas por el silbar ausente de
versos y el menosprecio del tedio en los dientes,
mira la quietud en la hoja blanca de soledad y
esquizofrenia se escuchan los ecos como
montañas nevadas columpian al abismo de ver
el infinito alguna vez pasearse por las aceras,
tocar las pupilas y abrir las llagas de la piel en
soledad sin versos, ni sílabas extraviadas, ni la
elipsis de *Achernar*, ni el canto del *Nilo*, ni la
alquimia de *Sirio* con su lumbre topacio azul
temblor de noche del pecho

solamente el duro mirar de una piedra sepulta
enluta en su honda voz la tez derrama lágrimas
de un relicario suda al verse en otro mundo
distante.

Al no poder tomar de sí, ni siquiera en el espejo
se da basto para iluminarse por dentro,

como una flauta en el vespéral del cielo, desnuda
y sin viento deletreando ora

a ver si llega el mar sideral en su ausencia se
abstiene con las manos enjutas carga la fronda
de su guitarra colgada de la sombra.

Oyen el murmullo fantasmal de las aguas
levantan sus ojos de rostros como botellas de
aguardiente
transparentes en la mar espejan nubosas.

En la noche el candil balbucea entregado en su
garganta de santidad y un ágil duende de
esmeralda en su brazalete lleva una caja de
azules ojos como aquellos perdidos del mar
enlunado, vestidos de oleajes saltan a ver si más
tarde pican- en su ausencia tus ojos prenden
los aromas del mar.

Muy pocas veces pasa, si siempre alguna, puede
ser la puerta cegué a mi corazón desnudo en el
ventanal de los astros iluminé.

Al rato llagaron los escritores amigos de *Olga* y con ellos estuvimos cantando, tomando uno que otro trago hasta que la noche se volvía albina, y *Olga* me dijo vamos regresemos antes que el amanecer nos arrope.

Me dispuse a levantarme, y nos fuimos sin antes despedirnos.

Un abrazo y hasta siempre.

Caminamos con las calles aún cargadas de sed y nostalgias. Llegamos al tren y en menos de media hora estuvimos de vuelta. *Olga* me dijo nos vemos, sigo a buscar mi casa que *Berenice* me está esperando con sus ojos de naves espaciales soldada por los vientos de *Orión*, debo darle comida. Ese breve instante sentí a otra *Olga*, como si su cuerpo se volviera de un vigor de otra dimensión, su voz doblaba en eco y un violín se encrespaba con su música por sus labios. Sus ojos cantaban un vals y en su cuerpo de dama aparecían tintes de un amanecer cubierto de altos silencios. No le quite ni un segundo los ojos, la mire con el cuido de la noche incierta y el rapaz del silencio sintiendo sus pasos, su musa clara de estrellas. Estuve detenido oyendo el canto en su sombra se abría una escalera elíptica, como si ahora estuviera sobre algún tejado caminando con diminutos pasos y balanceando la piel risueña de ventiscas, coqueteaba con un donaire exquisito sintiendo en los pulmones los asilos de la noche, intentaba darle descanso aquellas miradas inciertas de tantos ancianos, pedían con indigencia al menos una mirada. Algo de comida en sus ojos oran, como si no existiese otro momento, sino esa pequeña estrechez para dejar la música oír que la compasión prime, entre dudas prístina la atención en mi corazón se hizo absoluta. Tan solo fue un momento suficiente para entrever el detalle de un prendedor que llevaba *Olga* con el sonido del vals puesto en su escalera de amor. Camina por allá me dijo, ves la vereda hasta la terraza, que ahí te viene a buscar. Bueno, tú conoces el camino. Así lo hice, nos dimos un beso y un abrazo. Y luego de cerrar sus compuertas el tren desapareció en medio de la hondura dejó colgado un silbido hendido como una daga blanda en mis ojos que aún titila su ausencia. Caminé hasta la terraza, y de ahí me fui lentamente acompañado por la voz. Me dijo en la salida no deje de leer el mensaje que le entregó *Doña Olga* para que regrese, lo esperamos.

Así me fui y de repente me encontré nuevamente en el apartamento, me detuve algún momento a intentar recordar lo sucedido y luego me fui al cuarto.

DIÁLOGO CON LUIS CERNUDA

Permanecí profundamente dormido. Caminaba por una montaña que tenía una bajada, ahí vi un árbol su tronco eran raíces como de cuatro metros de alto pudiera pensar que tenía como unos quinientos metros de diámetro en su derredor. Me percaté que en el medio había un espacio por el cual se podía entrar. Así que entré y mi sorpresa fue que internamente aquel árbol era una catedral luminosa. Me senté y vi a una serie de imágenes en sus laterales. Los bancos parecían más bien dispuestos para pequeñas conversaciones. Sentado se me acercó alguien y me dice si quería tomar algo. Accedí a tomarme una infusión del lugar. Así me detuve por varios minutos. En el corazón de aquella cúpula de madera se escuchaba un clavicordio. Al rato apareció una persona, me dijo mi nombre es *Luis Cernuda*, le importa si me siento. Le dije, adelante.

Luis Cernuda: Las hebras del sueño

se pierden en sustratos oníricos el tiempo
se dibuja en vacíos
velas centellantes anochecen
lánguidas con la vestimenta celestial.
Parecen bajeles en los muelles
se espejan con agonía la marea ondulante
provenientes con el clamor en las venas
de distintos puertos y las banderas izadas
de *Europa, África, América, Oceanía y Asia*.

Desde antaño el oficio de la misa en la claridad del amor
vistiendo a niños,
mendigos, madres, padres, mujeres y hombres
con la lámpara divina.
Ahora en el subsuelo
sentimos el abrigo de la tierra,
como un arca se dibuja de santos

melodiosa música sacra avalancha la espesura de la liturgia.

Hemos invitado a la conmemoración
a todas las razas del orbe.
En el espigado árbol
cruza la bóveda celestial abyecto
en el círculo infinito la pureza de las manos de cuarzo.

La catedral en su coro
se muestra tallada de nubes y flores
advenidas de algún pozo espeja pétalos
del viento, la madera pulcra, zurcida por ebanistas.

El clavicordio abre con arpeggios
en el cenit de la bóveda se esculpen catedrales,
las manos de los feligreses
escurren entre acordes culpas
los pies van con el silencio
a dejarse llevar por el tonal del
sacramento.

En los aleros las mujeres llevan
la brisa y la alegría colgada de los hombros,
la sonrisa de los niños con sus ojos de amor
deleitan el mirar cósmico vestido de música sacra.

Los crisantemos y gladiolas
el viento y los curas han traído con empeño
aroman la tarde con el jardín
envuelto de silencios,
los espigados tallos deletrean la canción profunda
de una tierra alzada por el grito del dolor
llevando súplicas, de rodillas piden el fin de la peste
como un alzamiento al oscuro mar
abatido en los labios
llevados en tapabocas murmullan elegías.

El aliento no espera en deseos
y anhelos alcanzar la bendición del cielo.
El miedo congela el misterio,
el pánico se siente bajo las raíces del árbol.
Los pájaros cantan con sus nidos
vuelan hacia el poniente trinan
el atardecer del campanario resuena.
El crepúsculo se escapa perdido de naranjas y amarillos,
el sueño toma la mano al deseo, la rendición
navegan con su cuerpo en la liturgia del amor.
Los bajeles encendidos en puerto
se difuminan, el culto lo llevan en proa
por altamar las estrellas fulgurantes en los ojos.
El hondo respirar desnuda el abatimiento cierra
la fatiga exhausta, la noche canta
el eco del azul premia el cuido
la seducción se apropia
la anchura el horizonte se abre en flores
con su aire cálido
vacía el silencio de los pechos desanuda las gargantas
la noche vuelve
el temblor titila en la piel.

No había terminado el poema cuando el ruido del despertador se sintió y con la impotencia de no poder rescatarme permanecí semi despierto intenté regresar al sueño, imposible la luz se colaba por la persiana, la había dejado entreabierta y ese filo de luz fue suficiente para sacarme del todo del sueño.

Me mantuve en silencio intentando desvestir aquella imponente imagen de la catedral dentro del árbol. El amor profundo de la tierra emancipado por el virtuosismo de los curas *franciscanos* y el cuido en el orden de la liturgia y su imponente mensaje vertido de una gran fuerza espiritual. Así estuve, un buen rato intentando recordar las palabras del padre, pero solo alcanzaba a sentir un profundo estado de paz y de emoción, que me impulsaron a levantarme y tomar el día con ímpetu.

Me di un baño y me dispuse a ordenar el desayuno, lo preparé y una vez terminado estuve merodeando toda la mañana entre leer, oír música y arreglar cosas la mañana me dejó. Entrada la tarde caminé descalzo por el apartamento.

Intenté sembrar mis raíces en aquel suelo de granito
frío, inútil quién sabe
cada vez me sentí más nube.

Me sentí más árbol, me sentí
un terrón de la oscura y húmeda tierra
con un bostezo secreto.

Más sombra y mucho
más atardecer, de tarde iluminada por su boca
amarilla enterrada en el horizonte.

Me sentí más raíz inundada
hasta la sien de sudor y olores terrosos
y del sabor ebrio andaluz
y del indígena y el negro con su tambor en la piel
el reluciente blanco criollo campeando el alborozo del río.

Me sentí más montaña
acrisolada del verdor prófugo
y más viento abatido en la garganta.
Me sentí más brasa en llamas indómitas
un amor extensivo sobre mi cuerpo.
Me sentí más lluvia en cordeles
de palabras clavadas como cinceles de versos.
Más poema entresueño y nieblas,
en la claridad del azul dormido en silencios,
me sentí más mar encrespado
de temores y corajes, más oleaje anochecido de lunas.
Me sentí más inundado por las aguas
de una tierra sentida de brisas
resquebrajada por relámpagos.

Me sentí hendido en la nada,
y la nada de una pira exhala entre ojos filtrados el fuego
y bosquejos de recuerdos.
Me sentí en el arbóreo
una copa del verdor y de la nube cerca.
Me sentí más silencio en el abismo
más hondo que su vacío en el oscuro océano.

Me hundí en el suelo frío,
más sembradío que su campanario en los hondos pechos

más tierra más árbol que la tarde
en su catedral de ojos litúrgicos.

Más suelo y más frío los pasos
me llevaron hasta sentir el olvido de la tierra.
Me habita con su cisterna solloza
la memoria incierta de las horas en llamas calla.

La tarde se encaminó con lucidez y pulcritud al fondo *el Ávila* miraba con un canto de ángel, abatido
su majestuoso semblante revivía al valle simultáneo y entretejido de ocurrencias y brisas, paseaban
como barcazas frente a las horas quedaban a lo lejos mirando las agujas del temblor.

Llegó la hora y frente al balcón abrí el sobre que me dejó
José Antonio Ramos Sucre: “Cada palabra, cada línea, cada verso en sí, cada amanecer, se enuncia
desde lo hondo, en lo profundo muere al menos lo tomes lo hagas tuyo.”

Me concentré y enseguida me encontré en *la Gruta*. La voz me interceptó y me dijo:
¿Cómo has estado?
Bien gracias le dije.
El visitante le está esperando.
Me fui caminando lentamente hasta la terraza, apenas había llegado y *Luis Cernuda* me saluda. ¿Qué
tal tu día?
Todo bien. Te parece si nos vamos a un café en *Ciudad de México*. Si claro por supuesto le dije.
Nos fuimos a buscar el tren. Al rato llegó, nos subimos y fuimos camino al *Café París* en Ciudad de
México. En unos treinta cinco minutos estábamos en el café.
Entrando nos conseguimos con *Octavio Paz*, me dio un abrazo, cómo has estado. Bien, bien le dije.
Pasen ahora en un rato los alcanzo, eran muy buenos amigos. Nos sentamos.

Luis Cernuda: Esas lejanas nubes son mías en sus tallos grises
se han ido tan lejanas como mi voz en el espejo.
Lo intento asir por su piel de luz
el celaje cuando la lluvia
cae y la siembra ha crecido la arboleda de sauces
alejada de mi cuerpo.
Tan distantes sus hojas altas en las copas
respiran mis memorias
abatidas soledades del último espejo
El exilio de las horas va en los poros
salubre de un mar en oleajes ciegos.
Mi nombre es mi nombre, cuando lo recuerdan
las memorias en las noches amagan
tan dulce es el olvido en la mesa.
Frente a mis ojos
el vaso tiembla en agua
los labios al sorber el soplo del recuerdo

de un cuerpo en silencio abatido, en cenizas vagan,
yacen como humos sombreados
de labios exhalan, tan distante de quien otrora
cantaba por los pasillos
el silencio de sus pasos y el bosque de la noche
en extravío. Se ha ido con el último clarín
el atardecer la ausencia. Me he convertido
en pájaro y canto con las brumas
sus naranjas y en vuelo alto
en el ramaje libre el horizonte se avista en el trino
de mi nombre. El celaje no me alcanza con su espejo
ni el lamento del olvido, libre canto mi ausencia
y en la noche se anida muy
cercano a los astros ilumina mi aliento.

Yo: Me celebro en el silencio
con el soplo del misterio.
Me ahoga el escalofrío cuando me invade
con sus ojos de fuego dentado de páramos.
Busca en la pira las cenizas el anillo
en algún río se quedaron lunas en las manos vacías de flores.
Y la algarabía de las aves tomando
el recuerdo se ha desvanecido
como un bajel caído en el muelle del amanecer.
Cuando la noche se abroga deseo
el camino perdido en los ojos sujeta
cae como la brizna la lleva el viento en la espalda
hasta el umbral.
Altas y crecidas en luz el amor trae una cúspide
nervada a la belleza
enlazada las nubes canta y el hombre
sediento nada hasta lo más alto
la ensoñación asalta,
respira en la piel mi último cuerpo vestido de sueños.

Luis Cernuda: Vamos a reunirnos con ese grupo de escritores y tomamos unas cervezas.

Así estuvimos conversando y hablando de poesía. Hasta ya entrada la madrugada.

Luis Cernuda: Te parece si nos vamos, está bien. Vamos, le dije. Nos despedimos de los amigos y nos fuimos a buscar el tren. Nos subimos y en unos minutos estábamos de regreso en *la Gruta*. Me bajé y *Luis* me dio un abrazo. Se fue por el andén a buscar el tren de regreso. Caminé viendo cuando se iba, y luego de verlo subir me fui camino a la terraza.

Me fui caminando lentamente hasta la salida. La voz me dijo: “No deje de leer su mensaje para que regrese. Lo esperamos mañana.”

Sin más, me concentré y en un momento estaba de regreso.

Vídeo de la ponencia virtual del poeta, leyendo segmentos del libro en el 41 Congreso de ALDEEU (Orense, España). 4-6 de julio de 2022:

<https://m.youtube.com/watch?v=GRhplB3YvEo>

Disponible en Amazon:

https://www.amazon.com/Gruta-del-%C3%81vila-Spanish/dp/B09F18WPV9/ref=tmm_pap_swatch_0?encoding=UTF8&qid=1665519592&sr=1-1

